

G. MONTAÑEROS



VETUSTA



SUMARIO

Editorial	3
Travesía de Angón a Cordiñanes, por los Sedos de Ozania y la canal de Capozo	5
Apuntes para la historia.....	10
Hermoso y Evocador libro	17
Así fue la semana de Recuerdos de una ascensión al Mont-Blanc	18
La Mostayal.....	20
Monsacro, entre la belleza y el detrito	22
X Encuentros Peninsulares de Montaña Pico Urbión.....	25
Actividades sociales	26

EDITA

Grupo de Montañeros
VETUSTA
Viaducto Marquina, 4
Teléfono (98) 523 28 23
33004 OVIEDO

**FOTOCOMPOSICION Y
FOTOMECANICA**
GRAFICAS WALTER
Dep. Leg. AS/148-1959

IMPRIME

GRAFICAS WALTER
C/. Valentín Masip, 2
Teléfono (98) 525 73 04
Fax (98) 523 41 55
33013 OVIEDO

VETUSTA no se identifica necesariamente
con todas las opiniones aquí vertidas.

JUNIO 1994



«Jobo Lhaptshan» 6.440 metros
Valle del Khumbu. Nepal

Editorial

La afición al montañismo va en aumento. En los últimos tiempos estamos asistiendo a un auge considerable de personas que de una manera más o menos habitual practican la salida a la montaña. Son personas de toda condición social, y de las mas diversas edades las que cada día incrementan las filas de esta práctica. Ello es bueno en si, diríamos que excelente. El que numerosas personas elijan ascender a cumbres como ejercicio físico y práctica gratificante es algo que desde diversos puntos de vista sólo pueda considerarse como acertada decisión. No obstante, todo ello puede suponer en algunas casos determinados problemas. Unos para los propios practicantes y otros para el medio donde se desarrolla su actividad. Con referencia al primer punto, todos somos conocedores de los problemas de diversa índole que se producen con frecuencia en grupos colectivos, más o menos numerosos, de pérdidas, accidentes, falta de rigor en el planeamiento o realización de una actividad, poco nivel de conocimiento de la práctica del montañismo en personas que se inician, escasos medios de formación para los más jóvenes en el momento de comenzar su práctica montañera y así seguiríamos enumerando problemas. Respecto al segundo punto, todos estamos hoy día al cabo de la calle en lo que hace referencia a la tan manoseada palabra «ecología». Pero es lo cierto que la masificación en la montaña supone casi siempre una amenaza cierta para ella. El respeto a la naturaleza y la dedicación a su conservación debe de estar siempre de alguna manera ligado a la práctica montañera.

Este tipo de problemas y situaciones junto con otros más cuya relación sería enojosa, requieren atención por parte de todos. Los clubs y los organismos federativos tendrían que hacer un esfuerzo común para plantearse estos problemas y repartir responsabilidades. No se trata de echarse nada en cara si no de coalecer en temas que lleven a conclusiones. Todos en este sentido necesitamos un revulsivo, pero la realidad es que con mucha frecuencia los clubs son entidades poco vivas para responsabilizarse de estos problemas. Sin embargo en la medida en que los clubs y federaciones sean asociaciones firmes, responsables, con idea clara de su misión y metas a alcanzar, muchos de los problemas que hoy tiene planteado la práctica del montañismo se irían encauzando a soluciones concretas. Debemos aspirar, por tanto, a una eficacia y madurez de nuestras instituciones montañeras, que es tanto como decir de nuestra propia madurez y responsabilidad.

En los días 26 y 27 de junio de 1993 hicimos Valentín, Tudela y yo, con la colaboración de Pandiello, una de esas excursiones que dejan huella en los recuerdos de cualquier montañero. Se trata de la travesía del macizo Occidental de los Picos de Europa, Desde Angón (y, más concretamente, desde El Grisochu, en Ceremal), subiendo por los Sedos y el valle de Ozania y la Cuesta de Cebolleda, pasando por el Hoyo Las Pozas y Vega Huerta, y bajando por la canal de Capozo hasta el Mirador del Tombo, en Valdeón.

Llevábamos ya un tiempo pensando en realizar esta salida, para la que recabamos información de todo tipo, que nos resultó escasa y contradictoria, y nos estamos refiriendo especialmente al recorrido de los Sedos de Ozania.

Madoz no cita al valle al estudiar Amieva en su reputada obra, y Victoriano G. Cañal, en la colectiva «Asturias», de Bellmunt y Canella, habla de Ozania como una de las «sierras elevadísimas» del terreno accidentado del concejo de Amieva, donde «abunda el esbelto robezo», afirmación ésta que es ratificada en la Gran Enciclopedia Asturiana, en la única y escueta referencia que se hace a Ozania en el estudio del mismo concejo, estudio que termina con una alusión a varios itinerarios que «descubren paisajes poco conocidos de singular belleza» y entre los que no cita al que transcurre por Ozania. En el tomo 11 de esta enciclopedia, podemos encontrar la cita de la «Porra de Ozania», con referencia al valle de Ozania, «paraje por donde sube una senda».

Ateniéndonos a la estricta literatura montañera, es inevitable la cita de J. R. Lueje que repetidas veces habla de Ozania, de su valle y de los Sedos como uno de los accesos al interior del Cornión y como lugar de travesía, pero sin darnos ningún otro detalle de su configuración y de su paso que nos pudiera servir de guía para esta excursión. Miguel Angel Adrados, en su obra «El Cornión», tiene relatada la travesía de los Sedos de Ozania, for-

Travesía de Angón a Cordinanes, por los Sedos de Ozania y la canal de Capozo



Saliendo del primer Sedo



mando parte del circuito rodeando el cordal de la Cabra Blanca. Pero, así como da detalladas relaciones de otros puntos de esta travesía, al referirse a los Sedos de Ozania se limita a decir que «éstos son tres pasos separados por pequeñas playas en las que conviene prestar atención debido a la ausencia de caminos». No obstante, publica un gráfico que nos sirvió de referencia en términos generales.

Por otra parte, las informaciones personales que recogimos sobre estos pasos y del modo cómo había que efectuarlos eran, como hemos dicho, muy escasas (pues, al parecer, son muy contadas las personas que los han recorrido últimamente) y totalmente contradictorias, así como muy poco detalladas. Desde Jorge Egocheaga (al que cito porque fue el que más se acercó a la realidad, como después pudimos comprobar), que me dijo que no tenían dificultad alguna y que el secreto estaba en pegarse bien a la roca para hacer su recorrido, hasta otros, siempre muy pocos, que nos dijeron que eran impracticables sin todo tipo de medidas aseguradoras: cuerdas, empotradores, etcétera, etcétera. Algunos nos contaron los

ejemplos de conocidos y experimentados montañeros que se perdieron en estos parajes y que tuvieron ciertos apuros para salir de ellos. Todavía, el mismo día 26 por la mañana, cuando paramos a desayunar en Cangas de Onís, un buen montañero y experto guía de montaña, al decirle nuestro objetivo, calificó a los Sedos como «muy malos y muy peligrosos».

A la vista de todo ello, y con la participación de Pandiello, al que encontramos en solitario en Cangas de Onís, decidimos dedicar ese sábado a buscar los Sedos y a dejar instalados los seguros que fueran necesarios para la travesía del día siguiente. A tal efecto, y en vista de todo lo que nos habían dicho, íbamos bien pertrechados de cuerdas, cordinos, cintas, empotradores, mosquetones, ochos para rapelar, etcétera. En principio, nuestra idea era aprovechar el sábado para otras actividades por aquella zona (como subir a Teyeres por el Canalón de Texeu), pero las informaciones recibidas nos aconsejaron modificar los planes iniciales en el sentido que estamos diciendo.

Así, dejamos mi coche en Ceneya para que nos sirviera de transporte al

día siguiente, y seguimos con los de Valentín y Pandiello hacia Angón y el Puente Restañó; aquí quedó el de Pandiello y seguimos en el otro hasta Ceremal, donde pensamos acampar.

Preparados para cualquier eventualidad, salimos en busca de los Sedos. Iniciamos el recorrido por el puente de madera, pero después comprobamos que es más conveniente ir por una senda que está más a la derecha, escondida entre la maleza, y que sigue por la riega para dirigirse directamente a la canal, dejando a nuestra izquierda la cascada de la Fuente Prieta. Comienza aquí la ascensión desde los 800 metros aproximadamente de Ceremal. Se sube esta canal alternando los restos de la antigua senda por la parte herbosa con el fondo de la riega. De todos modos, es preferible subir con tendencia hacia la izquierda, buscando lo que queda de la senda y agarrándose a las largas hierbas, para evitar la trepada directa, en ocasiones inevitable, de las rocas húmedas por donde fluye el arroyo. Al final, hay una pequeña cascada que se libra por la izquierda para alcanzar la apertura de un pequeño valle (915 metros).

Atravesamos este ensanchamiento hasta su fondo, donde existe una muralla rocosa de donde brota agua, de la que nos abasteceríamos al día siguiente. En este punto (960 metros), que sirve de referencia, se ha de girar a la izquierda para subir una inclinada rampa herbosa que nos llevará a la primera playa. Insisto en la conveniencia de atacar diagonalmente



Al lado de la Cabra Blanca



esta rampa desde las rocas de referencia porque, a más de que se visualiza mejor la subida, es muy dificultoso el ataque directo como pudimos comprobar alguno.

Desembocamos, pues, en la primera playa, tras pasar una zona completamente cubierta de avellanos que no solamente hacen muy incómodo el paso sino que además, y lo que es peor, perjudican la toma de referencias.

Es éste un punto importante y delicado, ya que se trata del lugar por donde se accede al primer Sedo. Parece que el camino lógico es torcer a la derecha para remontar la loma, que sigue teniendo avellanos. También parece que por la izquierda hay canales practicables por la roca que tenemos de frente. Ninguna de estas dos opciones es la acertada y cualquiera de ellas nos llevaría a situaciones verdaderamente peligrosas.

Desde el puto 1.050 metros (siempre este dato es aproximado por los cambios barométricos que hubo ese día, que estuvo muy revuelto y, sobre todo, con niebla que humedecía el camino y nos hacía más difícil el paso y la decisión sobre los rumbos adecuados), hay que pegarse a la roca y girar a la derecha ascendiendo por una zona de largas hierbas, que han tapado la senda, hasta encontrar sus restos a través de los avellanos que abundan en ese lugar. Hay que acercarse a la roca, repito, y agarrarse a ella. estamos atravesando el primer Sedo, siempre en dirección ascendente.

Llegamos a la segunda playa (1.090 metros) con su correspondiente Sedo, igualmente cubierto de avellanos. Este Sedo es menos arriesgado por ser más abierto y tendido, pero esto ha hecho que crezcan más avellanos que cubren todo el terreno y que no permiten ver el camino que hay que seguir. Un punto de referencia lo tenemos en una pequeña llambria que hay que atravesar para seguir el buen camino. Si la intentamos librar por arriba, lo que también parece conveniente, nos perderemos con fatales consecuencias.

Salvada esta zona de avellanos, salimos a otra playa más despejada, que hay que subir para llegar al pie de una cresta rocosa de forma piramidal en su extremo saliente que nos corta el paso y que sirve también de referencia desde el segundo Sedo. Se trata del tercer Sedo. El último informador nos había dicho que trepáramos este crestón por la izquierda. A nosotros nos pareció mejor hacerlo por el centro con ligera tendencia hacia la izquierda, y así lo hicimos en una muy interesante trepada que nos dejó en el comienzo de otra playa (1.155 metros).

Recorrimos esta playa y seguimos por la derecha para coger una canal amplia, en cuyo inicio se junta el otro posible camino por la parte derecha de la canal que habíamos dejado atrás, a través del llamado Sedo Llamera. No obstante, pudimos comprobar que no es necesario hacer esta travesía hacia la derecha, pues al término de la playa y donde acaba la roca se puede iniciar la subida de esta amplia canal, totalmente cubierta de hierba, siempre con tendencia hacia la pared rocosa de la derecha. Por terreno muy inclinado, que exige un prolongado esfuerzo, llegamos a la famosa Cueva de Ozania (1.335 metros), de la que dice la canción, recogida por Luciano Castañón.

«Adiós, cueva de la Ozania,
con su golondrina bella,
ya me duelen les rodillos
por ir allegando a ella».

En el mapa del Cornión publicado por Adrados se ubica correctamente esta cueva, pero en el gráfico del texto se sitúa a 1.400 metros, lo que nos parece que no es correcto.

Se sigue subiendo por la canal, que se hace más angosta y totalmente rocosa, y que termina (1.460 metros) sorprendentemente en una sima, que cierra la trayectoria del camino que estamos siguiendo. Y digo sorprendentemente porque, siendo este accidente tan evidente y tan señalado para poder precisar la continuidad del trayecto, no está ni señalado en el mapa de Adrados ni citado en el texto de la travesía. Tampoco es recogido en la cartografía de Lueje, ni en los

otros mapas del Cornión que conocemos.

En este punto decidimos dar la vuelta, tras comprobar que por las peñas de la parte derecha de la sima se puede continuar trepando.

Bajamos por el mismo recorrido, contentos por haber encontrado los Sedos sin mayores problemas y sin tener que haber hecho «seguro» alguno. Tan sólo hemos de decir que en vez de bajar por la canal inicial, fuimos por la zona herbosa que está encima de la Fuente Prieta, descendiendo después por entre la arboleda de forma directa a Ceremal. No merece la pena; es más trabajosa esta zona que la subida por la riega.

Una vez en Ceremal, nos dejó Pandiello, que quedó en recogernos al día siguiente en el Mirador del Tombo. Nosotros acampamos y nos preparamos para la travesía proyectada, tras quitarnos rebaños enteros de garrapatas por todas partes del cuerpo.

A la mañana siguiente nos levantamos a las cinco para recoger el campamento y desayunar. Salimos a las 6,20 horas y quince minutos más tarde estábamos en la entrada de la canal. A las 7,05 horas llegamos a la muralla rocosa, donde cogimos agua e iniciamos la subida a los Sedos. Al primero de ellos accedimos a las 7,20 horas y terminamos el paso del tercero a las 7,50 horas. A las 8,20 horas estábamos en la cueva de Ozania, donde volvimos a comprobar el altímetro, que nos dio ahora 1.345 metros, con una diferencia de diez metros respecto a la medición del día anterior y que se mantuvo en el final de la canal, ante la sima a la que llamamos Poza El Lindón por estar al pie de la peña, así llamada y a donde llegamos a las 8,35 horas. Aquí pasamos quince minutos para tomar alimentos; así, pues, a las 8,50 horas reemprendimos la marcha.

Trepamos por las llambrias de la derecha, dejando al fondo el valle de :Ozania, en cuyo final está la Cuesta de Cebollada, lugar cuyo verdor contrasta con el roquedo circundante. Aquí ya tenemos un paisaje impresionante, con el Jou La Perra y la Boca Les Albarques en frente, bajo el



Cotalba, y un telón de fondo compuesto por este Pico, la Canal Vaquera con su Horcada, el primer Poyón y el Requexón. A nuestra derecha, los murallones de la Sierra Mercader, en donde está la Muda de Ozania, cerca del Porro Jañón, que servía de paso para los ganados desde las majadas de Bellanzo y El Abedul a este Valle de Ozania, entonces muy utilizado por los pastores y por el Jou La Perra y la Boca Les Albarques se podía seguir hasta la Majada de Teyeres. De aquella época de esplendor ganadera queda el refrán: «Cuando canta la carbaña y relincha el carbañón, pastornas de Ozania, ya podéis echar la manta y devorar el Jañón».

A media ladera, dudamos si seguir ascendiendo por las llambrías o descender al valle. Como ya es habitual en los «vetustos», cada uno siguió por un sitio diferente, Tudela y yo seguimos en dirección descendente para entroncar con la Cuesta Cebollada; pero Valentín siguió peñas arriba, atravesando los llambriales para llegar a la zona alta de la Cuesta. Es posible que haya acertado, pues la subida de dicha cuesta exige un buen esfuerzo.

Hemos de decir que conviene subir esta Cuesta con clara tendencia hacia la derecha. Como referencia, diremos que tenemos que seguir dejando ligeramente a la izquierda la cumbre de la Cabra Blanca que vemos a lo lejos. Es preferible hacerlo así, pasando más a la derecha de la ruta que se marca en el mapa de Adrados en tono de la pequeña elevación de 1.806 metros, para no desembocar en un profundo jou, que tuvimos que salvar trepando por las peñas hacia la derecha.

Hay que seguir por llambrías, que lógicamente no tienen referencia alguna; no hay otra que, rectificando ligeramente la dirección que acabamos de señalar, enfocar directamente la Cabra Blanca. Si llegaremos a la zona de los jous de Corroble, donde a trechos hay restos de sendas y algún que otro hito, para llegar a las 11,05 horas a la Boca del Hoyo Las Pozas, donde el altímetro nos dio 2.010 metros. En su descripción de este recorrido, Adrados da un tiempo de

3,35 horas, desde el punto de partida hasta aquí. Nosotros tardamos 4,45 horas y puedo asegurar que, salvo los quince minutos de descanso en la Poza El Lindón no fuimos precisamente despacio.

Cruzamos el Hoyo Las Pozas al estilo del Vetusta, es decir, otra vez por separado. En este caso me fui con Valentín por el sitio más directo, mientras Tudela giraba por la izquierda sin descender. Por cierto que pisamos nieve en este lugar. Y así llegamos a la gran Horcada de Pozas, a las 12,00 horas. Seguimos sin parar hasta Vega Huerta, deseando llegar cuanto antes para comer y reponer la provisión de Agua. A las 13,00 horas estábamos allí, donde paramos media hora para dichos menesteres.

Por consiguiente, a las 13,30 salimos rumbo a la Canal de Capozo. Como habíamos quedado en el lugar donde están las ruinas del refugio, hubimos de girar hacia el norte, subiendo la pequeña loma que resguardaba al refugio, hacia el alto hito que la corona. Desde aquí hay que iniciar la bajada por el sendero que va hacia la Pedriza Carbanal (N. E.), como si quisiéramos ir hacia los Puertos de Cuba. Hay que atravesar y luego bajar unas llambrías, que están bien señaladas por hitos. Al llegar otra vez a la zona de hierba, cambiamos de rumbo, primero al este y luego al sur, abandonando la trayectoria hacia las alturas de los puertos de Cuba para dirigirnos abiertamente a la canal que vemos a nuestra derecha y que desciende de Vega Huerta. Este principio de la Canal de Capozo no debe ser tomado directamente desde Vega Huerta, sino por el lugar que estamos describiendo por ser su acceso más cómodo.

Es descenso es muy pronunciado hasta llegar a la canal, donde hay que tomar el sendero que ya está más marcado y que sigue por la parte izquierda de la canal, manteniendo el nivel, por lo que se eleva sobre la angostura pedregosa de aquella. Así se sigue hasta que el sendero desciende otra vez hacia el cauce de la canal, en el lugar conocido como

Verón del Corbo, donde hay que tener la precaución de no seguir lo que parece ser el camino más lógico, esto es: seguir la bajada de la canal; sino que hay que atravesarla decididamente a su parte derecha para seguir por la loma hacia su otra ladera. Aquí se comienza a descender, primeramente en diagonal hacia la derecha a unas peñas donde está la Cueva del Agua, lugar donde mana una fuente, y luego ya abiertamente para abajo, siguiendo la senda, que vuelve a estar marcada.

En aquel inicio de la canal encontramos otra vez a Pandiello, que había salido a nuestro encuentro y que ya nos acompañaría a lo largo de la que es larga y parece que interminable Canal de Capozo. A las 14,45 horas estábamos en Verón del Corbo (1.570 metros) y a las 15,00 horas en la Cueva del Agua (1.480 metros). Seguimos monte abajo y, en el lugar donde el sendero se pega a la roca, descansamos otros quince minutos, agotando nuestras reservas de agua (tal era el calor) y de comida. Pasamos después Los Cavidos y el largo Monte Corona, para llegar, sudorosos, cansados y muy contentos y satisfechos, al mirado del Tombo a las 17,20 horas, con lo que la travesía nos había llevado exactamente once horas, contabilizando también las tres paradas que hicimos. En la presa del río Cares que hay en las inmediaciones del Mirador, cerca de Cordiñanes nos metimos en la fría corriente para enjabonarnos y bañarnos. Y tras cambiarnos de ropa, nos volvimos en el coche de Pandiello para, previa parada en Oseja de Sajambre para dar debida y adecuada cuenta de unos huevos fritos, patatas y chorizo; amén del vino correspondiente, coger los nuestros para regresar de una hermosísima y muy interesante travesía.

Francisco Ballesteros Villar



APUNTES PARA LA HISTORIA

EPIFANIO EL DE BULNES

raban las gestas del Marqués de Villaviciosa y del Cainejo, la de Víctor Martínez y la de su generación de guías del «Picu», los nombres Manuel Mier Campillo y la de Manuel Martínez Campillo, vecinos de Bulnes que escalaron el Naranjo cuando él apenas tenía dos años. Todo esto y su gran deseo de poder, un

das por la que llamaban la «Directísima», cosa que yo hice en corizas pero llegué descalzo a la cumbre.

Después empecé a conocer a varios madrileños que pasaban por Bulnes, entre ellos a Teógenes Díaz y a Gabino con otros dos o tres más. Ya me contrataban para subirles las mochilas a la vega de Urriello. Era yo un chaval y con

ellos subía por la canal de la Celada, cuando empecé a conocer los primeros pasos de la escalada. Mi padre también ayudaba a los montañeros y fue uno de los que rescató el cadáver de «El Cuco» que llevaba casi una semana en el suelo. Víctor Martínez fue el que dió el aviso ante la tardanza de Cuco. El fue a la base, encontrando el cuerpo ya en descomposición.

Después de aquella primera escalada ¿Cómo



Epifanio en su casa de Lugones

No cabe duda que al hablar de los hombres del Naranjo, hay que citar a Epifanio como un guía más de los Picos de Europa y no parece fácil resumir en este pequeño artículo las andanzas de este lugareño de Bulnes. El sirvió de guía de escalada de muchas personas que no querían que el Naranjo faltara a su historia montañera y hasta Bulnes fueron buscando su amistad que llegó en algunos casos a ser íntima. En la mente de Epifanio figu-

día, llegar a lo mas alto de aquella cumbre mítica le llevaron a ser un pastor más entre los que coronaran el Naranjo.

¿Cómo fue tú primera escalada del Picu?

La verdad que era bien joven y la sangre nos bullía. Lo primero que hicimos fue llegar a la base a ver su dificultad y si podríamos intentar su escalada. Creo que no fue una aventura y aquel día que lo intentamos conseguimos subir y bajar sin cuer-

te prestaste a subir con los montañeros?.

Como inciso te diré que hice la «mili» en Navarra y en el Pirineo de Huesca con base en Jaca y nos enrollaron en un batallón de escaladores dadas las facilidades que encontraron en alguno de nosotros.

Empezamos las prácticas de escalada y rapell en el valle de Esteric en algunas paredes de cierta significación y cuando volví a Bulnes tenía verdaderas ganas de practicar

la escalada, en particular en las vías que los guías habían trazado en la cara sur. En aquellas primeras intenciones empecé a conocer a varios montañeros entre ellos a Valentín y a Tano y con ellos subimos al Naranjo con una cuerda de «pita». Yo después seguí subiendo al Naranjo y no encontré ningún problema ni dificultad para emplazar alguna clavija. Había varias fijadas en la travesía horizontal, una en la «Panza de Burro» y otra en la cueva.

Creo que Valentín y los de la Pola, a los que acompañaban algunos del Vetusta, fueron los primeros que confiaron a mi experiencia, pero más tarde llegaron a Bulnes montañeros de Zaragoza y algunos de Santander preguntando por mí para que los subiera al «Picu». Recuerdo cuando se mató un montañero bilbaíno llamado Isaac, fue cuando pasaron por Bulnes un sargento y un maestro de Valencia y fueron a mi casa a buscarme. Los míos me pasaron un aviso a donde estaba con el ganado: ¡Dos montañeros te esperan delante de la casa de la tía María!. Fui a reunirme con ellos y de pronto me dijeron:

¡Queremos que nos suba al

Naranjol.

Lo dudé un poco por el día inseguro que se presentaba, pero al fin mi amor por el Naranjo me indujo a decirles que sí, que partiríamos inmediatamente. De aquella había

solo hacía tres días que habían retirado el cadáver. En esta escalada el sargento, más joven que el maestro, empezó a quedarse y se le oyó un quejido diciendo:

Esto no es para mí, pero no me pasa nada.

Creo que cogí miedo y yo le empecé a dar ánimos y que le subiría seguro hasta la cumbre. Estas palabras le infundieron valor y el hombre, confiado, coronó el Naranjo con ánimo y valor. Al descender, tanto a uno como a otro les vi rapear tranquilos y seguros de sí mismos.

¿Tuviste algún accidente en las subidas al Naranjo?

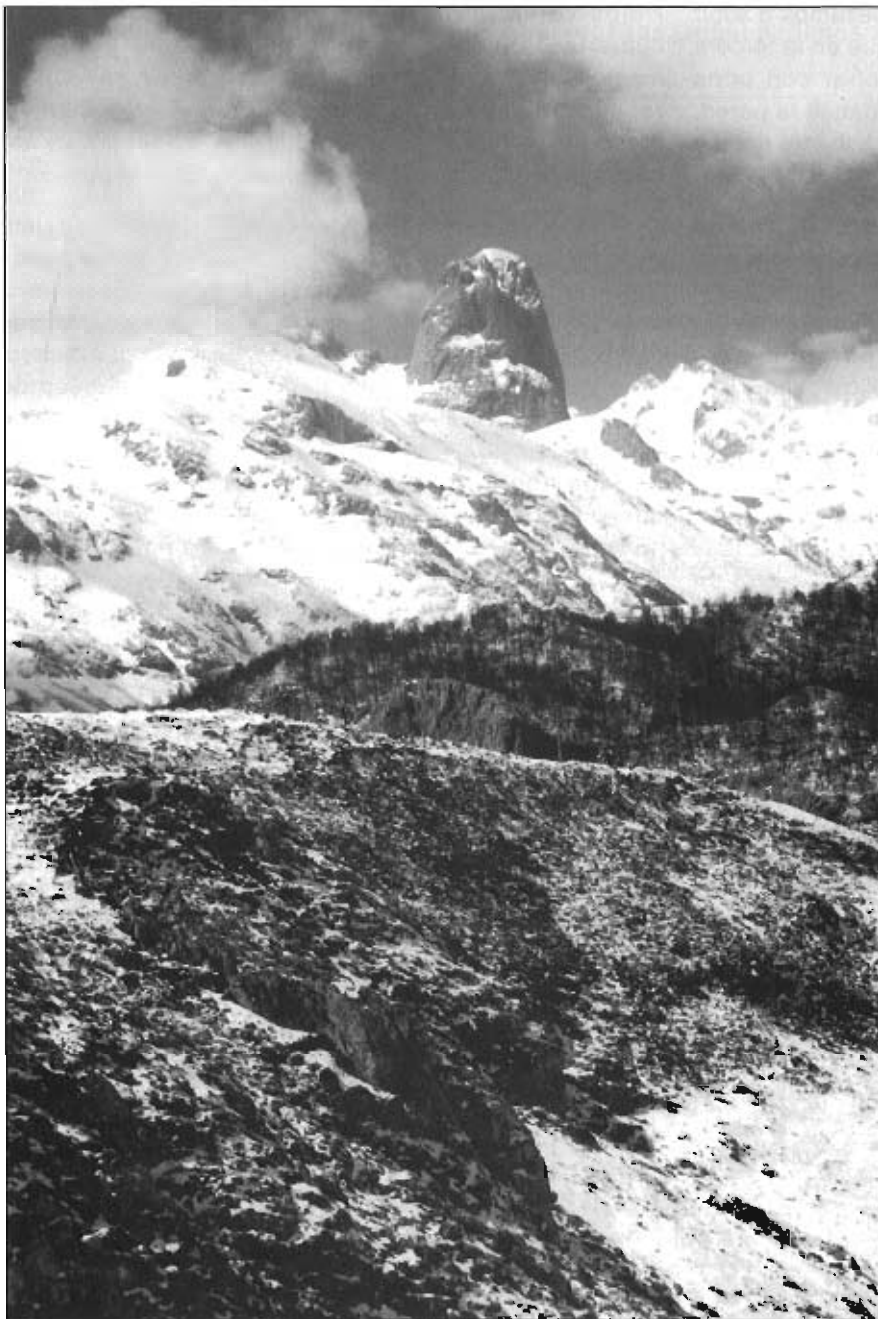
Si te digo la verdad sí. Fue en una cordada de 5 ó 6 montañeros y ya se veían la primera y segunda extraplomos cuando se desvió un agarre y quedé colgado a unos tres metros.

¿Pasaste apuros o quizás miedo?

Yo nunca, contesta de inmediato Epifanio muy tranquilo. Puedo decirte que subí al doctor Estrada, incluso fumando y a Tano, a Tita, a

Cesáreo, a Castro y a otros sin dificultad ninguna.

En cierta ocasión subí a Marta, una santanderina acompañada de varios montañeros con un equipo nada adecuado para la escalada.



La majestad del «Picu Urriellu» domina toda la zona

sucedido la caída de Isaac, el montañero de Bilbao, que se había desplomado desde la primera plataforma, por falta de cuerda y en la escalada de aquellos valencianos aún encontramos manchas de sangre pues



¿Puede subírnos al Naranjo? —me indicó Marta—.

Yo la subo con una condición:

¿Cual?, —dijo ella—.

Que cambie de equipo por que con ese no sube Vd. al Naranjo.

Tomo otra ropa para adaptarse mejor a cuerda y empezamos a subir con tan mala suerte que en la tercera clavija empezó a tronar con unos relámpagos que iluminaban la pared. Después descargó la nube de agua y pedrisco y les dije:

¡Qué no se mueva nadie!, y pensé el gran compromiso que se me presentaba con aquella gente en la misma pared del «Picu». Con el agua, entrándonos por el cuerpo, que bajaba por aquellos canalones. Un poco serenos, cuando empezaba a amainar descendimos. A Marta con su mal equipo y titiritando de frío, tuve que cogerla en brazos y bajarla hasta el refugio y entre todos le dieron ropa seca para que entrara en calor. Fue otra aventura.

Recuerdo en otra ocasión —dice Valentín— que haciendo una travesía por el macizo central acampamos en la collada Blanca, debajo del Tesorero y del Llambrión con Epifanio, pero este tuvo un poco de recelo por que se levantó un fuerte ventarrón y bajó a a dormir a Bulnes. Al día siguiente subió a Urriello y en una hora se plantó en la collada Blanca.

Andábamos como los rebecos —decía Epifanio— y sólo cuando caminábamos con los montañeros nos adaptábamos a su paso en aquellas largas travesías por el central. Nos escribían para que les fuéramos a encontrar en un

sitio determinado y caminábamos fuerte.

En una ocasión recibí una carta de unos de Bilbao para que les fuera a encontrar a los Horcados Rojos, un día de mucha niebla pero despejado en los altos. Desde los Horcados Rojos veían la parte de Asturias cubierta de niebla, como un largo manto blanco. Por fin me vieron aparecer surgiendo entre aquel vapor blanco y se quedaron maravillados cuando les dije que venía de Bulnes.

Pero es imposible con tanta niebla —dijeron los vascos—.

¿Acertará a llevarnos hasta la vega de Urriello?

No me hagan reír, si les dijera cuanto anduve por estas peñas y ando tan seguro como Vdes. por las calles de Bilbao.

Ellos querían realizar como un sueño la subida de Naranjo. Uno era comandante y tenía un pie postizo, el caso es que al día siguiente empezamos a escalar el «Picu» y me dice el comandante: Esto no funciona bien y cuando miré para él casi se iba a caer. El otro que era maestro iba el primero y como no me había dicho

nada de lo que le pasaba en el pie postizo le ayudé paso a paso hasta salir del aprieto.

A parte de todas estas peripecias de la escalada del Naranjo yo hice acompañamientos por las Moñetas, peña Vieja, La Canalona, descender por la Vega de Liordes y la canal de Asotín y la Rienda a Valdeón o continuar por Corona a la senda del Cares a Caín y Poncebos. Corrí tras los rebecos y subí las canales desde Caín al Occidental.

Por ganas y coraje volvería otra vez por aquellos lugares, tan queridos, por donde acompañé a muchos «turistas» y montañeros. Por contra de lo que dice Valentín, yo me amoldaba al paso de los que solicitaban mi colaboración como guía de los Picos de Europa, lo mismo en una travesía que en la escalada del Naranjo. Valentín decía que yo corría demasiado y en la escalada del «Picu» llegó a pasar un poco de miedo (¡quién no!) pero es que calzaba mucho.

¿Habrás coincidido con Alfonso Martínez en tus travesías por los Picos?



Rincón de Bulnes



Si él me llamó varias veces para acompañar a grupos como aquel día que yo andaba con las cabras y él llegó a proponerme una marcha en la que intervenían aquel ingeniero, padre de Verónica, la que lleva el nombre del refugio de «Cabaña Verónica». Ella vino hace unos años para conmemorar el 25 aniversario del refugio y estuvieron presentes allí Odriozola el que fuera Presidente de la Federación Nacional, gran conocedor del Naranjo y que encontró la muerte en un accidente de carretera desde Cartagena a Madrid. En aquel acto estuvieron también Soberón y un jesuita muy amigo de las plantas, el padre Laiz y varios montañeros asturianos que se reunieron en una comida de hermandad en Cosgaya.

Pues bien Alfonso y yo nos reunimos, como os decía antes, y él me dijo:

Mañana te preciso para subir al Naranjo.

Yo me presenté pero Alfonso no acaba de llegar y yo les dije: vamos a subir por la «horizontal» al pie del «Picu». En ese momento llegó Alfonso «tou corriu» y claro se unió a nosotros. Cuando yo llegué a la «horizontal» soltó una voz Alfonso diciendome:

No corras tantu que nos vas a ahogar.

Oí una voz entre los otros que decían que yo andaba mejor y creo que serían los años que él me llevaba pero al final todos nos reunimos en lo alto y lo celebramos en el refugio.

En honor a Lueje puedo decir que

le conocí mucho lo mismo que a su hija Isabelita que tuvo un accidente esquiando. Con los dos hice excursiones por todo el macizo. Don Ramón no era de escalar era más de travesías en las que iba anotando todo cuanto salía de nuestros labios. En cambio su hija Isabelita si que le gustaba escalar y trepar por las



Rincón de Bulnes

peñas.

¿Conociste a Jaime y Carmina?

Si que me encontraba con ellos y sabía de sus escaladas al Naranjo pero una vez se empeñaron en subir a la aguja de los Martínez por la cara norte y yo les ayudé pues ellos no la conocían, entonces Jaime dijo:

Déjame pasar a mi el primero.

Yo no le dejé diciéndole:

Mira yo conozco bien enta peña y no vayamos a tener un accidente.

Jaime debió encontrar alguna dificultad y me dejó a mí que siguiera el primero. Además con el palu con aquel fierru debajo...

Llegamos a lo alto de la «aguja» y descendimos por la cara sur a la collada Bonita, después por la canal de la Celada al refugio y de allí continuaron conmigo hasta Bulnes. Fue un mes de abril y desde Camburero encontramos mucha nieve helada precisando en algunos sitios el piolet y los crampones, sobre todo subiendo la canal de la Celada que estaba como cristal puro.

También te diré que la primera escalada invernal que yo hice al Naranjo fue en Enero desde Camburero a puro piolet y crampones hasta la base del «Picu». La cara sur tenía algo de hielo en alguna cornisa pero lo salvamos bien, lo mismo que al repelar, pero por contra en la canal de la Celada tuvimos que encordarnos a pesar de que habíamos hecho otra escalada más difícil, curiosidad que dejó anotada, no obstante, Después bajamos como un tiru por que se nos hacía de noche. la familia empe-

zaba a preocuparse por nosotros y hasta los animales parecían «revueltos» creyendo que algo nos habría pasado.

Entre las ascensiones al picu Urriellu, recuerdo, la cordada formada por el doctor Luis Estrada al que acompañaba también, Tano.

Al descender por la directísima



subían otros de Oviedo. Entonces Estrada me dijo:

¿Crear que subirán?

Yo le respondí que lo veía muy difícil. El doctor habló con ellos y les comunicó las palabras de Epifanio que mejor deban la vuelta con nosotros, pero ellos continuaron escalando. Bajamos a Camburero a dormir y al otro día nadie se presentó por allí a pesar de que iban a reunirse con nosotros después de la escalada.

El doctor Estrada, muy preocupado, me dijo a mí a la mañana siguiente si podía subir a Urriello a ver que había pasado con los montañeros de Oviedo.

Bueno, allá Epifanio otra vez por las Traviesas a los Coronizos, subió la canal de la Celada y allí los atascados. No habían dado ni un paso en la pared a pesar de nuestra advertencia. Conmigo subió Tano y los que se habían atascado en la pared, eran Jaime y Carmina y otro de Oviedo que trabajaba en un banco. Subimos y les ayudamos a salir de aquel atolladero en que se habían metido.

A Epifanio le gustaba el Naranjo como el caramelo, decía Fermín Carrasco y sólo oyéndote hablar del «Picu» se deduce que le tenías verdadero cariño y te entusiasmabas por él.

Yo, comenta Epifanio, llegué a tener mucho cariño y amor por aquella peña y la verdad que me gustaba, la ayuda que solicitaban para escalarla. Pueden ser fieles testigos Valentín, Mari, Tita, Tano, Cesáreo y

otros de la Pola, que no teníamos reparo para ser compañeros de escalada o de alguna travesía por los Urrieles.

Recuerdo un día que habíamos bajado del Naranjo nos esperaban

mujer de Daniel deciéndome que tenía en casa tres mochilas de unos montañeros que andan en busca tuya.

Venimos, dicen los montañeros Celtas, porque no pudimos subir y ahora queremos contar con su presencia en la escalada.

Bueno, dice Epifanio, subimos al Naranjo y descendimos como una bala, ya que ellos tenían buenas cuerdas para rapelar.

Ya en el refugio le preguntaron cuanto le tenían que dar. El guía de Bulnes les contestó que como no habían aceptado aquella primera proposición les iba a costar algo más. Ellos satisfechos le dieron mil pesetas cada uno y una caja de puros y se fueron muy contentos de Bulnes.

Durante la guerra había mucha hambre en Bulnes y la gente solía cazar algún rebeco. Yo alguna vez durante este período «de la

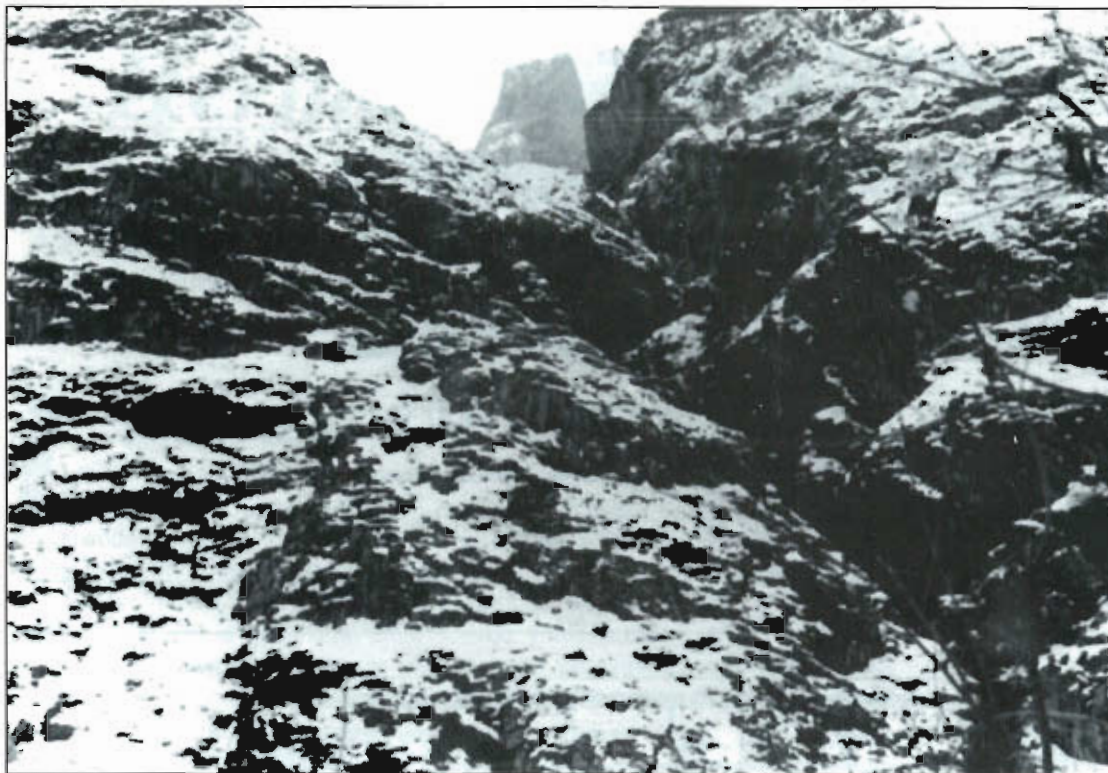
fame» solía ir a cazar en la Jorcada Pascual. Pero un día cuando yo estaba a la altura de Caín, dando unos fogonazos, sentí una voz desde una ventana. Era el tío Carlos el padre de Florenta, que amajaba en Amuesa. Yo apenas tenía 17 años. Dijo él:

Mira pa tras que vienen los guar-



Bulnes nevado

tres gallegos que querían que les llevase al «Picu». Les dije que sí podían esperar un día pues yo iba a descansar. No quisieron esperar y me dijeron que como tenían buen material lo harían solos. Eran montañeros del grupo Celtas de Vigo. Con todo esto me viene un aviso cuando estaba con el ganado de la



El «Picu» desde alrededores de Bulnes

carta de trabajo y el pasaporte a la policía.

Los de la Comisaría con la Carta de Trabajo y el Pasaporte me enviaron a la Bolsa de Trabajo belga. Allí tuve la suerte de encontrar un español que me facilitó el ir a este organismo, pues yo no entendía ni papa el francés ni el alemán. En la Bolsa de Trabajo me dieron unos papeles y yo, en el trabajo, se los enseñé al Director que se portó muy bien conmigo. Me dijo que estaban bien y

das de Valdeón.

Parapeteme detrás de un peñascu y empecé a fogonarlos con la espin-darga y metilos en Valdeón. Corrien como gamos. Habíamos matado 5 rebecos en las peñas de arriba Mesones. De aquella si nos cogen damos en un batallón de trabajadores.

Puedo decirte que en aquella época un rebecu representaba el quitar la fame de varios días; en realidad era de lo que se vivía y una necesidad.

Si te digo que una vez fuimos a la cueva me preguntaron que de que era aquella carne desollada. Les dije que era un cordero grande cuando en realidad era la de un rebecu.

¿Pero donde estaba esa cueva?.

—Le preguntamos—

Era en el Cantu la Meadoria, yendo pa la vega Jordana por la vega Redondal.

¿Sabes donde está el Jocón?

Por allí sube el Cantu la Meadoria y por allí se salía a la vega de Urriellu.

Pues bien, en esa cueva yo metía los mejores quesos de Cabrales

pues no sé lo que tenía que a los quesos no le salían cardenillo pues era templada en invierno y fresca en verano. Estaba como metida en una duerna, abrigada de los vientos fríos. Como sería el quesu que al llegar a Carreña, Maruja la de la Pola me preguntaba que cuantos traía que los quería todos sin apenas mirarlos y probarlos.

De aquella, cuando estábamos mal de dineru había que ir a la cueva por un quesu pa ir a Carreña a comprar harina u otra cosa que se necesitara.

En el año 1967 marché para Bélgica y estuve un mes sin encontrar trabajo. Era Enero cuando empecé a trabajar en una fundición cargando cestos en un horno con un calor que casi no lo soportaba, pero a los dos días aquella tarea fue para mí como coser y cantar. Así estuve un mes hasta que me dió un lumbago que no me dejaba andar. Los jefes fueron en aquella ocasión buenos conmigo y estuve quince días casi sin hacer nada. Después me indicaron que como no tenía seguro fuese a formalizar la

que siguiera trabajando ya que pronto recibiría conforme la Carta de Trabajo.

Aunque al principio les pasé negres, —dice Epifanio— a los tres meses me arreglaba muy bien con alguna ayuda de los compañeros españoles.

Epifanio tuvo cinco hijos: José con el oficio de soldador, casado con una italiana, Reyes, electricista casado con una alicantina, Lupita, soltera y otras dos hijas Nieves, casada con un gallego y Susana que es contable en una agencia de viajes.

Epifanio recibe la visita de ellos en navidades y durante el verano en que suelen venir a su casa en una barriada muy buena en Lugones, donde pose un pisito muy confortable. Pero él no quiere morirse sin volver a Bulnes, donde quiere terminar sus días.

G. Argüelles

Hermoso y Evocador libro

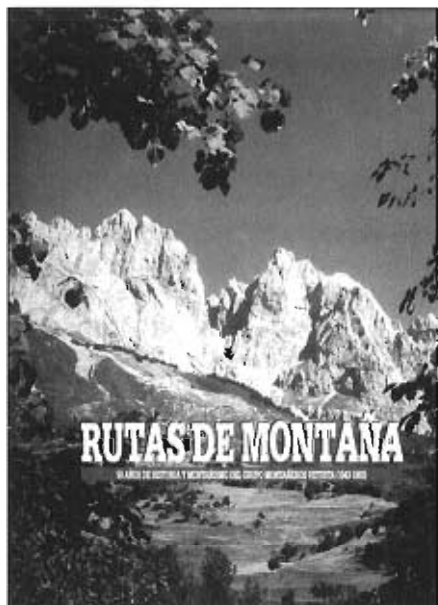
F. Arellano

Con este título encabezaba Manuel A. Vello, cronista oficial de Oviedo, el pasado día 23 de Abril en «La Nueva España» un comentario del libro «Rutas de Montaña» que recientemente hemos publicado. Reproducimos a continuación su contenido con la intención de poner de manifiesto nuestra gratitud a su autor por tan bella y entrañable descripción.

La historia no se escribe únicamente con luz artificial, pisando moqueta, intrigando por los pasillos y despachos, persiguiendo expedientes y pronunciando discursos. Son numerosos, por fortuna, los devotos del aire libre, el cielo limpio o brumoso, la nobilísima ambición de las cumbres y el orgullo de ser los primeros en poner los pies en la cumbre. Esto ocurrió el 4 de agosto del año 1904, un día histórico porque Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa, y Gregorio Pérez, conocido por «el Cainejo», vivieron la incomparable alegría de dominar al coloso hasta entonces inaccesible: Picurriellu, Urriellu, Naranjo de Bulnes. Desde entonces la aventura ha sido confirmada dramática o gozosamente por montañeros de todo el mundo, y los Picos de Europa, Peñas Urrieles, uno de los enclaves montañosos más bellos, se han incorporado con todos los honores a la historia del alpinismo, de las montañas, de la mitología de las alturas.

Juan Ignacio Ruiz de la Peña Solar, en el prólogo de «Rutas de Montaña. 50 años de historia y montañismo del Grupo Montañeros Vetusta (1943-1993)», dice que nos hallamos ante un hermoso y evocador libro en el que se narra la apasionante aventura de los fidelísimos «vetustos», grupo montañero que se constituyó oficialmente el 24 de marzo de 1943 después de un homenaje a Horacio Rivero, que coronó la cima del Urriellu el 17 de noviembre de 1942. Cincuenta años, sin aspavientos y artificios, de unos señores de todas las edades y condiciones sociales para quienes el amor a la montaña, al paisaje astur, a

sus picos, sendas, parajes, pueblos, nieblas y soles radiantes, se han constituido en puntos físicos de apoyo y espolique de los sueños. El Grupo Montañeros Vetusta, con la ayuda del Ayuntamiento ovetense, la Caja de Asturias, un archivo fotográfico espléndido y los buenos oficios de José Antonio Corrales, Cayetano Rodríguez, Carlos Barrio, Manuel Carrero, Elías



Santamaría, Eujoa y el incontenible espíritu de solidaridad que alienta en el grupo, ha culminado su primer medio siglo, bodas de oro, con un recuerdo que se incorpora a la bio-bibliografía asturianista con una obra de arte.

El libro hermoso y evocador se organiza en capítulos que van desde las palabras de Ruiz de la Peña, el escenario primitivo, los primeros grupos, los pioneros, la constitución de Montañeros

Vetusta, bosquejo histórico y resumen de actividades hasta una serie de rutas de montaña, en las cuales, con el auxilio de textos, mapas, fotografías, se facilita al lector un total de sesenta posibilidades o rutas para descubrir las maravillas que encierra nuestra tierra.

La tendencia personal a la práctica de la horizontalidad, al culto del sedentarismo, no me prohibió en otros tiempos ciertas excursiones conmovedoras hasta montículos, montes dignos y picos de cierta dificultad, en la mayoría de los casos afincados en Oviedo o sus alrededores. Nunca olvidaré aquella tarde prodigiosa de otoño con los montes próximos vestidos de reflejos áureos en que metí los pies en un arroyo de Caín y experimenté la heladora sensación del terror. Por eso admiro tanto a los montañeros y soy consciente —no como le pasa a don Mariano Rubio— del gozo que se encierra en su vocación deportiva, social, amistosa, cordial, y pienso que si en los ánimos de tantos conspicuos y ejecutivos existiera el afán madrugador, la escalada gratificante, los colores y perfumes de la tierra, por encima de intrigas, maniobras condenables y sutilezas retóricas, otro gallo nos cantara. Los montañeros como don Nicanor Piñole, Ruiz Tilve, J. J. Collado, Luis Fernández «el Cuco», Lueje, el inolvidable, Antuña, Pañeda, los Sela, por citar algunos. Me hubiese gustado recordar a todos los que en el libro aparecen, pero no tengo sitio...

Sencillamente constatar que el hermoso y evocador libro del que hablamos es un premio excesivo para mí, pero no pienso devolverlo, ni mucho menos.

Recuerdos de una ascensión al Mont-Blanc

Mepiden que escriba, a casi dos años vista, unas líneas con las impresiones que se produce después del tiempo transcurrido la ascensión al Mont Blanc que realizamos en julio de 1992. Más acostumbrado a reseñar excursiones que a analizarlas después de tanto tiempo, no me resulta fácil, pero intentaré hacerlo lo mejor posible.

La primera impresión que me queda es lo diferentes que se ven las cosas antes y después. Nunca había tenido ninguna intención de subir al Mont Blanc, pese a haber estado ya media docena de veces en Chamonix. Con frecuencia había subido al teleférico de la Aiguille du Midi al amanecer, la mejor hora para disfrutar de su sin par vista, y había contemplado a los alpinistas que, como hormigas, remontaban ya a esas horas los últimos metros de la célebre Arête des Bosses camino de la cumbre, pero jamás se me había pasado por la cabeza convertirme en uno de ellos pese a que llevo ya muchos años haciendo montaña. El tipo de montañismo al que estamos acostumbrados nosotros es bien distinto. Calellas, prados, alguna que otra trepadina en los Picos de Europa... las grandes extensiones de nieve helada, los crampones, el ir encordado, etcétera, nos parecen cosas muy ajenas y lejanas. Ahora, después de haber subido, me parece increíble que no se me hubiese ocurrido hacerlo antes. La idea de ir al Mont Blanc me la comentó Pedro durante una estancia en Bulnes, un día en que el mal tiempo nos hizo desistir de nuestra intención de subir al Cueto Albo. Es decir, a otro «mont blanc». No me lo tomé muy en serio, pero es sorprendente las vueltas que da la cabeza. Sin haber hablado una palabra más del tema, una semana después había cambiado totalmente de opinión.

Henos pues en Chamonix, instalados para la ascensión. No es mucho lo que hace falta: lo necesario para acampar,



El Mont-Blanc desde el Col de Gouter

piolet, crampones, un cordino, gafas de sol y ropa de abrigo. Ah, y un frontal. Hemos venido cuatro a subir al Mont Blanc y unos cuantos amigos más de turismo. Llevamos una semana estudiando la situación, consultando la «meteo», haciendo excursiones por los alrededores... y posponiendo inconscientemente el momento de ponernos en camino. ¿De verdad queremos subir al Mont Blanc? Es difícil decirlo. Por una parte sí, ¡qué duda cabe!, para eso hemos venido. Pero por otra parte... ¡da tanta pereza!. Durante estos días, con un tiempo espléndido, hemos llevado un plan de vida de lo más atractivo. Nos levantamos tranquilamente, vamos a desayunar al cercano pueblo de Les Praz de Chamonix unos «croissants» tan ricos como sólo saben hacerlos los franceses y luego, con ayuda de alguno de los innumerables remontes de la zona, organizamos una excursión que prácticamente sin esfuerzo nos permite llegar a lugares preciosos, excursiones cómodas y estéticamente tan bonitas como la subida al Mont Blanc o más. ¿Subir al Mont Blanc? Dos mil seiscientos metros de

desnivel. Una noche sin dormir en un refugio, tirados en el suelo (ya hemos llamado y para reservar litera hay que hacerlo con meses de antelación), frío, cansancio, probablemente cuando menos dolor de cabeza a causa de la altura... ¡uf, qué pereza!

En fin, yo me volvería tranquilamente a casa dejando el Mont Blanc para otra futura y poco probable ocasión, pero algunos de los demás son más duros de pelar, y van tirando del carro mental. El hecho es que ayer hemos subido al Mont Blanc de Tacul, un poco para acostumbrarnos a la altura y al terreno y otro poco para, si no subimos al Mont Blanc, por lo menos poder decir que hemos subido a algún sitio. La subida salió muy bien, sin ningún problema y con una sensación de aventura más ficticia que real al cruzar alguna grieta o pelear con el granito helado de la parte alta, y ya estamos todos decididos: hoy descanso, pero mañana arriba. El pronóstico del tiempo es inmejorable, no hay excusa que valga.

La subida al refugio de Gouter (unas cinco horas) es parecida a cualquier



Descansando en el Refugio de Gouter

excursión que hagamos por Asturias. El tristemente célebre Couloir de Gouter es hoy un nevero como cualquiera de los que estamos acostumbrados a cruzar en un día de primavera, y el tan temido riesgo de las avalanchas se ve muy lejano. Las placas que hay en las cercanías en memoria de las víctimas, aparte de animar al que se dispone a cruzarlo hacen suponer que no siempre será así, y que a veces pintan bastos. Luego hay que remontar un pesado espolón hasta el refugio, donde empezamos a cruzarnos con los que han subido hoy y bajan ya del Mont Blanc. «¿Qué tal por arriba?». «Muy bien, un día estupendo». ¡Dios mío, qué envidia! ¡Lo que me gustaría estar en vuestro lugar! No deja grandes sensaciones la subida al refugio. Mucha gente hacia arriba, mucha gente hacia abajo... y una impresión de expectación y provisionalidad, en capilla para el día siguiente.

¿Y la ascensión a la cumbre? Muchas son las cosas que puedo recordar ahora. Una cierta emoción, al salir a las tres de la mañana e incorporarse a una interminable fila de luciérnagas que remonta las

pendientes nevadas de la Dôme de Gouter; asombro por la belleza del paisaje, cuando empieza a amanecer y comienzan a recortarse contra el rojizo firmamento las siluetas de las cumbres cercanas; sorpresa al encontrarnos vivaqueando en la nieve a un par de personas a casi cuatro mil cuatrocientos metros; un poco de inquietud, cuando la arista que hasta ese momento ha sido ancha y sin problemas se estrecha de forma impresionante en los metros anteriores a la cumbre y, por fin, una cierta exaltación al llegar arriba. Pero de todas maneras una impresión predomina ahora sobre todas las demás: lo corta que se hace la subida. Tardamos casi cinco horas y media, que mirando ahora mis notas es lo que se puede tardar en subir de Sotres al Torrecerredo y, sin embargo, llegamos arriba con la sensación de estar recién salidos del refugio. Será el andar de noche, será el salir mentalizado a tomarse las cosas con calma. No sé.

Arriba está uno exultante. Tanto que para poder enterarme realmente de lo que se ve desde lo alto del Mont Blanc tuvo que comprar al día siguiente un

poster en Chamonix. Pendientes de fotografiarnos, de contemplar las reacciones de la gente y de combatir el frío, el tiempo vuela y no se tiene la cabeza para fijarse bien en nada.

Del descenso lo que más recuerdo es e contraste entre los primeros metros hasta el refugio, que una vez pasada la parte más conflictiva de la arista hicimos desencordados y corriendo y que pasaron en un santiamén, y los últimos metros hasta llegar a la estación del trenecillo, que hechos polvo ya y por un camino que no dejaba de dar vueltas se hicieron interminables. Ganas de llegar abajo de una vez, después de veinte horas caminando, entre ayer y hoy, yo creo que era lo único que sentíamos.

Y al día siguiente la felicidad de haber, después de todo, subido al Mont Blanc. Y unas impresionantes agujetas.

C. B.

«LA MOSTAYAL»

Al referirme al Aramo el recuerdo me lleva, inevitablemente, a la Estación del Vasco. Sí, fue en 1957 cuando empecé a frecuentar (al cuidado del entrañable Mariano de la Fuente) aquel nostálgico edificio del ferrocarril que estaba en la calle Jovellanos de Oviedo.

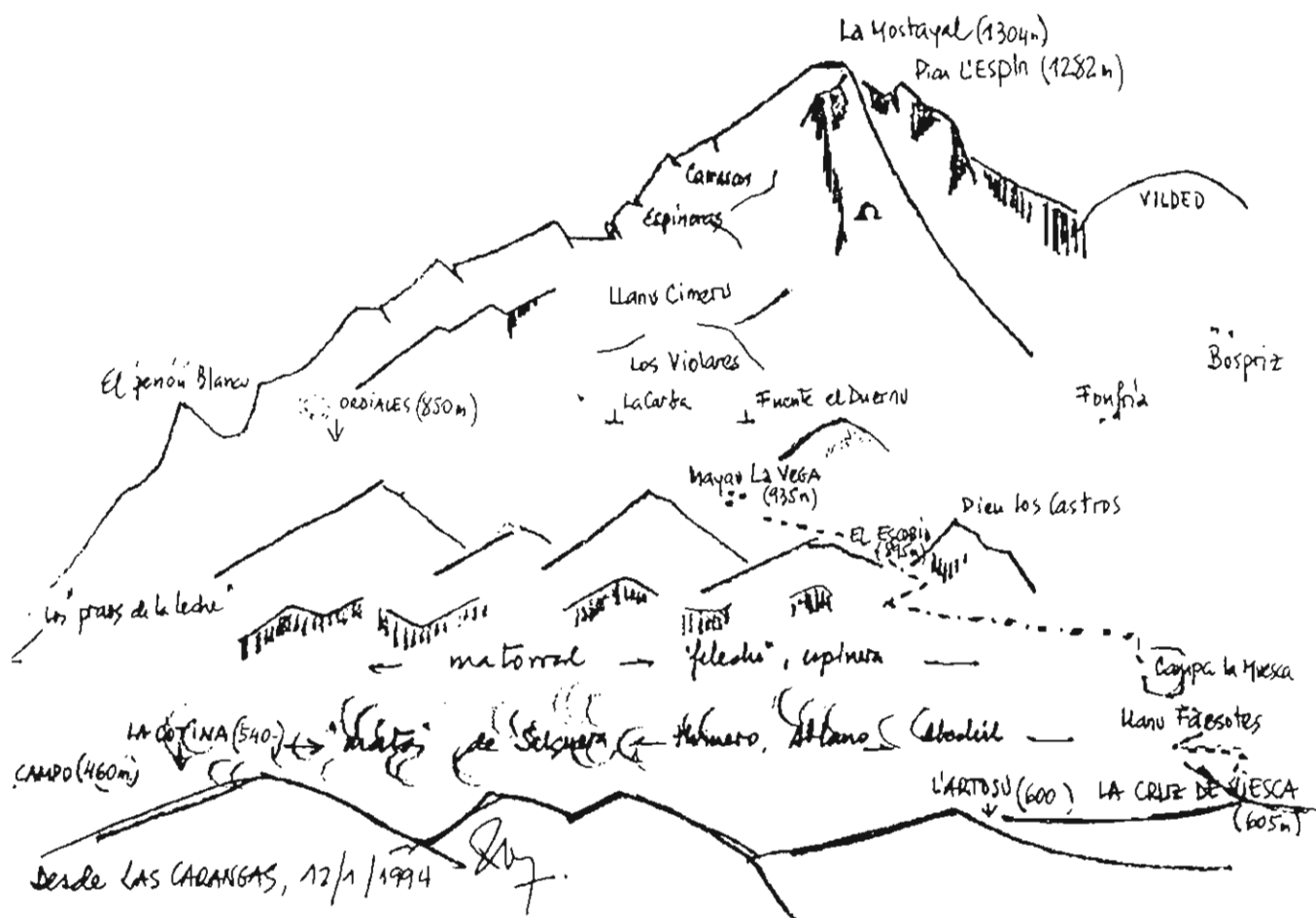
Los domingos, a las ocho de la mañana cogíamos el tren que, siguiendo al Gafu, nos llevaba a Fuso de la Reina y allí mismo comenzábamos a caminar «pa» La Mostayal. No debo olvidar el accidente que el 21 – VII I – 1977, en la Estación de Fuso, costó la vida al bueno de Armando

Iglesias; sus amigos del «Vetusta», después, le rezarían un «requiem» en Pedroveya.

Había que pasar la vía para encaramarnos, túnel arriba, hasta salir a la Arquera, cerca del lugar que ahora ocupa «Casa Amable». El tramo discurría por un «senderucu resbalosu» (sobre todo junto a una sucia balsa), entre abundante maleza y se dejaba bajo los pies el Nalón, con la peña Avis erguida sobre las negras aguas del río.

La marcha proseguía por la entonces recién abierta carretera (con una capa de grava incomodísima) hasta

Lavareyos, donde Luis Granda solía llenar de vino la bota, en el «chigrín» de Luciano. En adelante, ya por «camín real», bordeando el pico Les Pedreres (con restos de un castro en su cima), y dejando al poniente una profunda dolina, dábamos con La Mortera de Palomar. Después de las últimas casas de la aldea, la «caleya» se metía de lleno en el «riachuelu», que vadeábamos por unas «chávanas» para, seguidamente, atravesar por el medio de Las Bárcenas y de La Terrona en dirección al «Torrexón» que domina La Hoya («foz» abierta entre el pico La Utra y el de La





Encina), tras de cuyas empedradas rampas (carreterina, desde 1988) aparece Peñerudes.

Con La Mostayal a la vista y antes de enfrentarnos con los «praos de la leche» era, no obstante, obligado «recalar» en «Casa Saúl», donde los días festivos se organizaba baile al son del acordeón. Cuenta mi padre a la sazón que «por mil novecientos veintitantos» ya paraba el Casa Saúl, cuando iba de caza por los montes de Proaza, con sus amigos y comenzaban a caminar, escopeta al hombro, hasta Proaza, donde hacían noche en un pajar. Al día siguiente, continuaban por Serandi, los Acebos, bajaban a Peñerudes y a Fuso, para coger el tren de regreso a Oviedo.

Desde Peñerudes, y de entonces a hoy, el itinerario para subir a La Mostayal no ha cambiado sustancialmente. El sendero (eso sí, con más maleza), después de la «saltaera» de los «praos de la leche», progresa al mediodía, bajo los nidos derrumbes del «canalón» de La Mata, hasta Pan de las Forcas y, dejando a la izquierda los Puertos del Aramo, gira a la derecha (Norte) enriscándose por Les Llucies, La Belonga y El Espín, para ganar la atractiva cimera de La Mostayal.

¡Espléndida atalaya la de La Mostayal!. Hacia el Septentrión y, tan solo a doce kilómetros (a vuelo de pájaro), se divisa Oviedo, y más allá, la panorámica se amplía a todo el valle central de Asturias.

En la cumbre de La Mostayal acaeció impactante suceso el 9 - VIII - 1959, cuando -azotada por una imponente tormenta- un rayo alcanzó al montañero gijonés José Manuel Valdés. En el mes de setiembre siguiente tuvo lugar el acto de colocación, en la cumbre, de una placa de piedra esculpida en su memoria, y al que asistió «la totalidad de los Grupos de Montaña que entonces eran», como dejó escrito nuestro querido Paco Soto, en emotiva «alcordanza». Nutrida y sentida concurrencia que recoge la instantánea de Manolito Collado; la cual pudo apreciarse en la «Muestra fotográfica» del

Cincuentenario del Grupo de Montañeros VETUSTA, expuesta del 8 al 25 de octubre de 1993, en la Biblioteca del Fontán.

Allí, en la cimera de La Mostayal (ahora hay una imagen de «La Santina», colocada en 1991 por el Club Alpino de Lugones) estuvieron, igualmente, mis compañeros del I.N.P.: Conchita Canal, Fuenteseca, Galindo, Caballero, Soto... que depositaron orlado ramo de flores, junto con otras -silvestres- recogidas por los componentes de «Vetusta», durante la ascensión.

Histórica excursión la de La Mostayal; por lugares con nombres evocadores de un medio natural que, desde los albores, preside la vida de los hombres del Aramo. De tal modo lo atestiguan, por ejemplo: Lavarejos, derivado de lavajo = charca; Las Bárcenas que equivale a planicie o terreno llano y cultivado; La Mortera que, a su vez, tiene que ver con terrenos de pasto acotados, durante determinadas épocas del año; La Viesca igual a lugar poblado de arbusto; L'Artosu, en relación con el aragonés arto = espino; La Boza que equivale a matorral o monte alto con jarales (en castellano mohedal, del árabe magīda), y, por supuesto Mostayal, denominación que tiene mucho que ver con el mostajo o mostajal que es un árbol (Sorbus aria) frecuente en los bosques del entorno. Todo ello, según interesantes explicaciones de X. L. García Arias («Pueblos de Asturias; el porque de sus nombres, Ayalga, 1977).

Desempolvados los recuerdos y dada la facilidad que supone llegar, actualmente, en autocar al collado de Viesca, vamos a subir a La Mostayal por esta ruta.

En L'Artosu, al lado de la casa que le dicen «Clamores» (data de 1904), podemos abastecernos de agua, en una fuente de nueva fábrica, previo al inicio de la ascensión desde La Cruz de Viesca, un poco más adelante, donde se amojonan Morcín, Santo Adriano y Quirós.

Nos espera un desnivel del 35 por 100 (teórico), que procuraremos

superar sesgadamente, siguiendo los hitos que amablemente me indicaron Silvino, el de L'Artosu, y Emilio, el de Dosango.

Se comienza a caminar, pues, por una «caleya», que, al SE, sube por el Llanu Faesotes y la Campa de la Muesca, hasta El Escobiu que nos dará paso al «mayau» de La Vega, ubicado en una plácida dolina. Luego, «a plomo p'arriba» se pasa por Los Violaes al Lanu Cimeru, y, vencidos los últimos recuestos, se alcanza el «picu» La Mostayal (también conocido como La Vara, del sánscrito VAR = agua).

El descenso podemos llevarlo a cabo por el «Sierru» que se desprende hacia el Norte, a través una serie de hondonadas, salpicadas de acebales y espineras, para «caer» en el «llagu» Ordiales; un «charcu» que, según Efrén García y Carmen Fernández (en «Lagos y lagunas de Asturias»; pag. 168), «hasta 1982, en que se recuperó, los montañeros lo habían cegado con piedras y basura». Debo manifestar, al respecto, que no todos los que van a la montaña merecen el nombre de montañeros.

Finalmente, llegados al «penón» Blancu, se baja por los «praos de la leche» a La Boza y a El Campo, porque hora es de saborear el «pote» que prepara Angeles, en el bar de «La Bolera», bajo la altiva Torre, otra medieval fortaleza de los bondadosos señores de Peñerudes.

José E. Menéndez. Enero 1994



MONSACRO, entre la belleza y el detrito

La Sierra del Aramo guarda celosamente un pico que, pese a su escasa altura —apenas supera los mil metros— es de una original belleza. El Monsacro se ve erguido y soberbio desde la cumbre de la Gamonal (1.712 m.), en una clara pose de protesta y no resignación ante sus compañeros de enfrente, mucho más altos, y que lucen un manto blanco durante más tiempo. El agravio es mayor aún cuando

algunos manuales montañeros le quitan el título de formar parte de la cordal del Aramo. Sea como fuere son muchos los que asociamos este monte sagrado con el Aramo y para el novato es la antesala de esta otra antesala que son los picos de Europa. Después del

Naranco, monte totémico de Oviedo, el Monsacro, aún fuera de los términos del concejo, se ha convertido en otro símbolo. Desde Pontón de Vaqueros es magnífica su vista junto a la silueta simbólica de la torre de la Catedral, siempre que la bruma no lo impida.

Esa belleza, sin embargo, está amenazada hoy por el hombre, como suele ser cada vez más habitual. La subida desde La Collá por el camino nuevo que se dirige hacia las capillas de La Magdalena va mostrando al montañero el trazado

del tendido de alta tensión, con sus gigantescas torretas, diseminadas en perfecta alineación hasta la misma cumbre. No es éste un ataque demagógico hacia el progreso. La energía eléctrica es una conquista humana que ha traído el bienestar. Pero cabe preguntarse ¿No puede conjugarse el progreso con la naturaleza?. Es triste observar el desaguisado cometido en una montaña cuyo origen etimológico ya expresa su carácter extraordinario.

El camino asciende en zig zag y tiene un tramo largo de una gran anchura, hasta llegar cerca de la peña denominada Silla del Obispo, en donde el sendero se estrecha, para volverse a ensanchar de nuevo en las cercanías de la primera capilla.

En esta peña, ideal para descansar y si el día está despejado contemplar las vistas, uno puede observar también el efecto del que hablábamos antes de la huella del progreso sobre la naturaleza. Me refiero a

la gran chimenea de Soto de Ribera expulsando de sus entrañas un humo blanco y espeso que besa directamente el cielo.

Esta imagen se hace ya familiar para el montañero habituado a coronar las cumbres del Aramo: Gamonal, Gamoniteiro y Mostayal.



Basura en las inmediaciones de las capillas

Sin embargo el hombre no ha respetado en este caso algo sagrado como es la belleza.

El camino desde la Collá fue abierto con el fin de colocar las torretas, según cuentan los lugareños, y el sendero discurre paralelo al trazado eléctrico. Desde el punto de vista del montañero es un camino con un importante desnivel, más difícil que el antiguo que subía a las capillas. Esta aseveración está basada en testimonios de los vecinos ya que nunca realicé la ascensión por el primitivo sendero. El

La llegada al collado en el que se localizan las capillas es de una gran belleza y adentra al montañero en un nuevo mundo en el que se combinan la historia, la leyenda, la soledad y el silencio tan solo quebrado por los mugidos de las vacas.

Sin embargo nuevamente el paso del hombre deja su nociva huella. En un paraje de singular belleza, con sus dos capillas, laguna artificial construida por los ganaderos y la cumbre del Monsacro coronando, la pradera verde y florida aparece manchada de botes de bebidas,

botellas de licores, pilas, papeles, bolsas... Sin duda el ayuntamiento de Morcón no se da cuenta de su riqueza paisajística. Ni una sola papelera puede servir para disuadir al visitante, aunque ello, desde luego, no disculpa al que, sin conciencia alguna, degrada el entorno.

Tras recoger la basura y apilarla junto a una de las ermitas en bolsas para luego bajarla, la ascensión al Monsacro se hace ya en dirección a la segunda capilla, para luego seguir hacia la cumbre ya sin sendero marcado, a no ser

por algún que otro mojón que nos guía hasta la cima.

El último tramo se hace suave y

bre. Posiblemente por la acción de un rayo, el vértice geodésico, el buzón y el belén de cumbres habían

sido destruidos. La tierra estaba levantada y las rocas rajadas. Sin duda el impacto debió ser importante a juzgar por la situación, en donde la cima estaba patas arriba.

Desde allí hay tiempo para la reflexión o bien para observar en la lejanía la ciudad de Oviedo y su entorno y sin

moverse del sitio el magnífico cordal del Aramo.

Fernando Romero.



Vista de la cumbre tras los efectos del rayo

permanece en nosotros la incertidumbre de si encontraremos más basura. Por suerte no fue así aunque sí la sorpresa al coronar la cum-

El brasileño LEONARDO BOFF, figura destacada de la Teología de la Liberación, escribió, entre otros, un libro titulado «Os Sacramentos da Vida e a Vida dos Sacramentos», cuya dedicatoria no nos resistimos a transcribir por la resonancia que manifiesta con muchos de nuestros sentimientos. Dice así:

Dedico este librito a la montaña que constantemente visita mi ventana.

A veces el sol la calcina. Otras la ahoga.

Con frecuencia la lluvia la castiga.

No es raro que la niebla la envuelva mansamente.

Nunca la oí quejarse por culpa del calor o del frío.

Jamás exigió nada por su majestuosa belleza.

Ni el agradecimiento. Se da simplemente. Gratuitamente.

No es menos majestuosa cuando el sol la acaricia que cuando el viento la azota.

No se preocupa de que la vean. Ni se enfada si la pisan.

Es como Dios: todo lo soporta, todo lo sufre, todo lo acoge.

Dios se comporta como ella.

Por eso la montaña es un sacramento de Dios: revela, recuerda, alude, remite.

Por ser ella así, le dedico agradecido este librito.



Desde hace diez años se vienen celebrando, un año en España y otro en Portugal, los Encuentros Peninsulares de Montaña, a los que nos hemos sumado varios «Vetustos», habiendo participado ya en tres ediciones anuales, lo que nos ha permitido darnos cuenta del quehacer montañero de sus organizadores y participantes.

Este año correspondió a España ofrecer el lugar de la celebración, que fue en la zona del Pico Urbión. La concentración se llevó a cabo en un

camping cercano a Quintanal de la Sierra, si bien nosotros pernoctamos en un pueblo de los alrededores llamado Regumiel.

Todo el entorno es un maravilloso conjunto de pinares, que alcanzan hasta las zonas cimera de sus montañas, y que dan al paisaje una muy agradable vista, y al camino una serena placidez, a lo que también contribuye la riente carrera de las transparentes aguas de sus ríos.

Al anochece de nuestro viaje de ida, nos acercamos al Monasterio de Santo Domingo de Silos tras recorrer el desfiladero de cortantes peñas, que sirve de acceso. Al día siguiente, nos encontramos con que no se podía visitar el Monasterio por lo que emprendimos nuevamente el viaje por aquella seca tierra, que en ocasiones me parecía desoladora.

El comienzo no fue bueno, pues sobre las 18,30 horas llegamos al lugar donde tenía que

X ENCUENTROS

PENINSULARES

DE MONTAÑA

«PICO URBION»

estar la organización del Encuentro y en donde recibiríamos toda la información. Los responsables de la organización seguían brillando por su ausencia. En vista de lo cual, marchamos en dirección a la Sierra. Cuando íbamos por la carretera, nos encontramos con que estaba obstruida a causa de la nieve. Ante esta nueva eventualidad, unos decidieron continuar a pie y otros optamos por caminar hasta Neila, en donde nos tenía que recoger el autobús para volver a Quintanar de la Sierra.

El sábado, también a las nueve de la mañana, salimos con dirección a Urbión; esto es, nosotros vamos a hacer la subida desde la provincia de Soria por Vinuesa. El autobús nos dejó como a unos dos kilómetros de la Laguna Negra, a la que llegamos todos. Desde aquí, los más decididos y que menos sienten el frío emprenden la subida al Urbión. Allí se encontrarán con los participantes portugueses, que subieron por otro recorrido, y que nos informan al fin de que a las

20,00 horas tendría lugar el «vino español» de cierre de la acampada.

Allí estuvimos, pero todavía tendríamos que esperar una hora de demora para el inicio de los actos. Finalmente, a las 21,00 horas aparecieron unos señores de la Federación Madrileña que se dispusieron a repartir (no sin unos discursos previos) las medallas que tenían que entregar al comienzo de la acampada. Además tuvieron el feo detalle de entregar a unos

(los portugueses) unos llaveros de recuerdo y a otros nada, pese a haber comprobado que tenían suficientes existencias de dichos recuerdos.

Tenemos que hacer una valoración muy negativa por la gran desorganización de estos Encuentros y por el comportamiento de los responsables de la citada Federación Madrileña. Así lo comentamos en nuestro viaje de regreso, que hicimos sin novedad, tras una larga parada de cuatro horas en Burgos.

Julían Martín Arroyo

ACTIVIDADES SOCIALES

CLAUSURA DEL CINCUENTA ANIVERSARIO del Grupo de MONTAÑEROS VETUSTA

El día 24 de Marzo, a las 8 de la tarde, se celebró en los salones del Club de Prensa Asturiana la clausura oficial del cincuenta aniversario del Grupo de Montañeros Vetusta. En dicho acto, nuestro vicepresidente Francisco Ballesteros hizo la presentación oficial del libro realizado en el seno de nuestro Grupo y titulado Rutas de Montaña. En el se hace una síntesis de la historia del Grupo, ilustrada con entrañables y vetustas fotografías y se describen e ilustran 60 rutas de montaña escogidas entre las muchas que domingo a domingo fuimos realizando.

A Fernando Collia le tocó presentar el segundo trabajo genuino de nuestro Grupo: un detallado Plano de Somiedo y su entorno en donde aparecen reflejados los topónimos de los accidentes geográficos y asentamientos humanos

de esta zona tan bonita y montañera.

Especialmente emotivo fue el acto de entrega, a nuestro conocido compañero de cumbres Robin Walker, del premio del Concurso Literario a que se hizo acreedor por su meritorio trabajo titulado «El montañero y la conservación de la Montaña».

Por último nuestra Presidenta procedió a la clausura de este Cincuenta Aniversario que con tanta brillantez ha protagonizado nuestro Grupo.

Como colofón a estos actos de clausura, se celebró una cena en los



salones del Gran Hotel España a la que asistió La Directiva y un grupo de socios acompañados por la estimable presencia de la Consejera de Educación, Cultura y Deportes y el Presidente de la Federación de Montaña del Principado de Asturias.

TROFEO PICU URRIELLU 1993

A las 13,30 horas del próximo día 17 de Junio y en el Salón de Plenos del Excelentísimo Ayuntamiento de Oviedo, se hará entrega a nuestro

Grupo del trofeo Pico Urriellu 1993, que en la categoría de Organización deportiva otorga el Centro Asturiano de Madrid.

CENA DE ENTREGA DE MEDALLAS

El viernes día 6 de Mayo, a las 10 de la noche, se celebró en el restaurante Doña Urraca de Oviedo esta

tradicional cena tras la cual se procedió a premiar con un bonito y original trofeo a aquellos socios que por su constancia y esfuerzo, se han hecho acreedores al mismo.

